

Pasado y presente de la economía

Autor: Eduardo Pérez Asenjo
Economista y Abogado

Resumen

En estas páginas se revisa la evolución del pensamiento económico, necesaria labor para comprender y explicar su situación presente, con la que concluye el artículo. Comienza con la doctrina de Adam Smith y el resto de clásicos, a los que bruscamente se opone Karl Marx. Los neoclásicos introducen nuevos instrumentos, que aún hoy mantienen su vigencia, pero no se consigue explicar la Gran Depresión hasta la llegada de Keynes. La síntesis neoclásica armoniza ambas visiones, pero es criticada por monetaristas y neokeynesianos del desequilibrio, que dan origen a las dos escuelas actuales, la nueva economía clásica y la nueva economía keynesiana.

Palabras clave: historia del pensamiento económico, clásicos, Keynes, nueva economía clásica, nueva economía keynesiana.

Abstract

This paper examines the evolution of economic thought, a necessary task to explain its present situation, which is the conclusion of the article. It begins with

Adam Smith and the classics' doctrine, which Karl Marx roughly rejects. The neo-classics introduce new instruments, which are still used today, but can't explain the Great Depression until Keynes' arrival. The Neoclassical synthesis joins both theories, but it is criticised by monetarists and neokeynesians, who will give birth to the two current schools, the new classic economy and the new keynesian economy.

Key words: history of economic thought, classics, Keynes, new classic economy, new keynesian economy.

Recibido: 11.02.2008

Aceptado: 22.04.2008

I. Introducción

“Los que se olvidan de la historia están condenados a repetirla” Jorge Ruiz de Santayana.

No hay duda de que el análisis económico ha hecho sorprendentes avances en el curso de su evolución en los últimos dos siglos. Si bien es cierto que el desarrollo de la econometría y el software informático permiten alcanzar, día a día, nuevas cotas en el conocimiento económico cuantitativo, los principales temas de obligado debate en la economía de principios del siglo XXI son los mismos sobre los que discutían los autores clásicos hace más de dos siglos. Nuestro presente es producto de nuestro pasado. De igual manera, para intentar entrever nuestro futuro, recurrente preocupación de los economistas, debemos entender nuestro presente.

No podemos comprender el presente de la economía sin conocer las raíces profundas sobre las que se asienta. Muchas ideas de los economistas del pasado, para bien o para mal, influyen en los economistas del presente, e incluso, junto a pocas cosas más gobiernan el mundo, como decía Keynes¹. Conocer las ideas que han contribuido a formar el pensamiento económico presente, nos ayudará a apreciarlo y nos proporcionará su pertinente marco de referencia.

Las ideas económicas no pueden entenderse al margen de la realidad del mundo y la época que trataron de interpretar. Las distintas circunstancias o acontecimientos que estimularon su formulación son la primera causa de la variedad de sistemas ana-

¹ “...las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree. En realidad, estas ideas y poco más es lo que gobierna al mundo. Los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son, generalmente, esclavos de algún economista difunto.” Keynes, John Maynard, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

líticos. Sin un repaso en perspectiva histórica de su desarrollo carecemos de un criterio para discriminarlos ya que la base en la que normalmente se apoya una discriminación entre modelos o teorías cambia conforme cambia el interés con que las teorías son consideradas. Las características de los modelos sobresalen y se tornan esenciales cuando el interés dominante de una época o escuela de pensamiento se fija en ellas. Cualquier razón para dar distinción a una sobre otra resultará insignificante ante los ojos de quien habitualmente las considera desde un punto de vista diferente o con un objetivo contrario.

De este modo se han sucedido a lo largo de la historia del pensamiento económico diferentes revoluciones que han puesto en duda las tesis predominantes hasta entonces. Siguiendo esta permanente evolución, hemos dividido nuestro desarrollo histórico del pensamiento económico en cuatro etapas.

Comenzamos con el comúnmente considerado padre de la economía, Adam Smith, que junto a David Ricardo, Thomas Robert Malthus y John Stuart Mill conforman el cuadro de los pensadores clásicos, cuya visión positiva y armoniosa del capitalismo y del libre mercado será violentamente criticada por Karl Marx.

Les seguirán los autores neoclásicos, que introducen el instrumental matemático en la economía, que no sólo se mantiene vigente en nuestra disciplina sino que es actualmente utilizado por muchas otras. En 1936, Keynes publica su *Teoría General*, y la fuerza de las nuevas ideas en ella contenidas, y su capacidad para explicar el gran drama económico de su tiempo, la Gran Depresión, así como para proponer soluciones prácticas, conseguirá desplazar a la ortodoxia neoclásica.

En los años siguientes un modelo ecléctico que recoge las ideas keynesianas bajo el instrumental neoclásico, la síntesis neoclásica, alcanzará la hegemonía en el pensamiento económico. Sin embargo, las críticas le llegarán desde ambos frentes, por parte de los monetaristas desde el lado neoclásico, y por parte de los neokeynesianos del desequilibrio desde el lado keynesiano.

Nuevos acontecimientos históricos como el shock del petróleo y el fenómeno de la estanflación no encuentran respuesta en la ortodoxia dominante en la época, hasta que aparece la nueva economía clásica, sucesores ideológicos de la escuela monetarista en el frente neoclásico. La insatisfacción con alguno de sus supuestos, por estar demasiado alejados de la realidad, será criticada por la nueva economía keynesiana, sucesores ideológicos de la escuela del desequilibrio en el frente keynesiano.

Nuestro rápido repaso por la historia de las ideas económicas necesariamente olvida a muchos insignes economistas, pero mi principal preocupación ha sido destacar las ideas centrales de cada autor o escuela que tienen vigencia actual o consecuencias en el debate presente de la economía, ignorando las que no cumplen este requisito. Siguiendo esta línea, me he detenido, en contadas ocasiones, a ilustrar algún aspecto de la vida de los grandes autores, que me parecía relevante para la comprensión de su pensamiento.

II. Marx contra los clásicos

Tradicionalmente se considera a Adam Smith como el padre de la economía. La publicación de su *Investigación sobre el origen y la naturaleza de la riqueza de las naciones* en 1776 marca el nacimiento de esta disciplina que ocupa el lugar central en las ciencias sociales contemporáneas.

En su libro, Smith proporciona la primera explicación de forma sistemática de la estructura de la economía y la sociedad de su tiempo. Es un maravilloso mundo en el que todo encaja formando un sistema de natural y perfecta libertad. Desde el propio interés egoísta de cada individuo, se forma una cadena que guiada por una *mano invisible* satisface las necesidades de la sociedad. El comienzo de la división del trabajo, de la que Smith es testigo y firme defensor (aunque no alcanzara a reconocer sus enormes consecuencias) permite aumentar la productividad. Para Smith, este aumento del *output* es compartido de forma democrática por la sociedad y aumenta la riqueza de toda la nación. En esta cadena de causas y efectos, sólo los gustos del público y los recursos naturales quedan fuera. Así que, según su modelo, la propia dinámica de este sistema parece llevarnos hacia un futuro mejor y esplendoroso.

Adam Smith es tan despistado como optimista, tan agudo observador y pensador como bondadoso. Y es que contrariamente a la visión que se tiene de él como defensor del extremo liberalismo y de los capitalistas, él admira los logros de la burguesía pero desconfía de sus motivos, y si tenía algún prejuicio, era a favor de los trabajadores, y especialmente de los consumidores. Y en cuanto al papel del Gobierno, dejó escrito que debía intervenir invirtiendo en tres actividades necesarias pero poco atractivas para la iniciativa privada por su escaso beneficio. En primer lugar, debía intervenir para solucionar fallos del mercado. Y en segundo y tercer lugar, debía intervenir para proteger a la sociedad, tanto de sus propios miembros como del resto de sociedades.

Adam Smith explicó de manera convincente la sociedad y la economía de su tiempo, y pese a que no alcanzó a prever la inminente revolución industrial, su trabajo significa el comienzo de la economía.

Contemplando el sistema de Smith, uno se siente optimista y esperanzado, pero al leer a sus inmediatos sucesores, los amigos y rivales **Thomas Robert Malthus** y **David Ricardo**, una sombra se cierne sobre nuestro ánimo.

Malthus pasó a la historia como el pesimista que dijo que la población crecía en progresión geométrica y los alimentos en progresión aritmética. El progreso técnico del futuro le refutó, pero en su tiempo esa amenaza no parecía descabellada. Malthus también intuyó la cuestión de un posible exceso de ahorro (que, como veremos más adelante, contribuiría a hacer del gran **Keynes** uno de los mejores economistas de la historia, sin aportarle tanta gloria a **John Hobson**, de la universidad de Oxford, que también lo advirtió unas décadas antes que el extraordinario economista de su rival Cambridge). Todos los economistas consideraban que eso era imposible ya que el

ahorro era la otra cara de la inversión, siendo, por tanto, iguales sus valores. David Ricardo, más brillante en el arte de la dialéctica y mucho mejor considerado que su amigo Malthus, fue uno de los que le corrigió en este punto.

David Ricardo aportó a la economía el primer modelo abstracto como representación simplificada de la realidad. Los modelos abstractos tienen sus innegables virtudes, pero también sus peligros, traducidos en el *vicio ricardiano* (en terminología *schumpeteriana*) de extraer apresuradamente conclusiones prácticas de modelos teóricos sin tener en cuenta la influencia de los hechos aislados o los comportamientos no estrictamente racionales.

Ricardo transformó acertadamente las ventajas absolutas de Adam Smith en ventajas relativas, pero además discrepaba con el escocés en que los beneficios del aumento de productividad no beneficiaban democráticamente a toda la sociedad, como ingenuamente pensaba el distraído profesor sino que beneficiaban más a unos (los terratenientes que sólo detentaban la propiedad) que a otros (los campesinos que trabajaban la tierra).

No menos extraordinario era el genio de uno de los seres más excepcionales que ha pisado este planeta (que varios de ellos se dedicaran a la economía quiere decir algo acerca de esta disciplina). Educado según las ideas de su padre **James**, que era amigo de David Ricardo, de Thomas Robert Malthus y de **Jeremy Bentham**, **John Stuart Mill** fue un personaje enormemente respetado y admirado en su tiempo. Este niño prodigio tal vez escapara de la pesadilla de la locura o la introversión gracias a su futura esposa Harriet Taylor, a la que Mill dedicó la más absoluta adoración durante su vida y consideró la principal inspiradora y colaboradora en sus escritos².

Mill proporciona la primera separación entre las ramas de producción y distribución, e incluso afirma que esta última no tiene nada que ver con la economía y depende de la costumbre, de la sociedad, y de la política legislativa del legislador de turno. Este moderado y bondadoso pensador se preocupó mucho de las clases trabajadoras, y consideraba preferible el comunismo al estado en que se encontraba en la Inglaterra de su tiempo el régimen capitalista. Sin embargo, compartía con los socialistas utópicos como **Robert Owen**, el conde **Henri de Saint-Simon** y **Charles Fourier**, la creencia en la posibilidad de cambio en el comportamiento social, por lo que creía que un capitalismo suavizado mejoraría no sólo el capitalismo de su época sino también el comunismo. Por él luchó, de forma sosegada, en sus escritos. Su principal obra, en la que expresa su creencia en el progreso y en las oportunidades de cambio y mejora es sus *Principios de política económica*, publicado en 1848.

² Así lo expresa el respetable genio en la larga dedicatoria que precede a su libro *Sobre la libertad*: “A la muy querida y llorada memoria de la que fue inspiradora y, en parte, autora de todo lo que de más valioso hay en mis escritos –amiga y esposa cuyo extremado sentido de la verdad y de la justicia fue mi mayor aliciente, y cuya aprobación constituyó mi mayor recompensa- dedico este volumen. Como sucede con todo lo que he escrito por muchos años, este libro pertenece a ella en la misma medida en que me pertenece a mí...”, Mill, John Stuart, *Autobiografía*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

Aquel fue un año importante para la economía al coincidir con la publicación de un pequeño panfleto extraordinariamente incendiario creado por un antiguo discípulo del insigne jurista alemán Savigny, que pronto abandonó el derecho, **Karl Marx**; y por un acomodado y alegre burgués que al visitar siendo niño las fábricas de su padre, tomó la resolución de intentar cambiar el sistema, **Friedrich Engels**. Se trataba del *Manifiesto comunista*.

Paradójicamente, Marx comienza su magna obra *El capital*, diseñando un modelo (siguiendo la senda iniciada por Ricardo) de capitalismo perfecto. En este modelo, el beneficio, que se lo apropia enteramente el capitalista porque posee el monopolio de los medios de producción, procede del valor añadido que aportan los trabajadores. Su trabajo vale más o genera más *output* que su salario. La competencia entre los capitalistas, disminuye el beneficio y hace necesaria la expansión, por lo que hay que contratar más trabajadores y al aumentar la demanda de éstos, sube su salario, con lo que disminuye su valor añadido y así el beneficio. Para seguir creciendo y no perder beneficio por el aumento de salarios, se invierte más en maquinaria, pero ésta no proporciona el valor añadido que procede de la mano de obra, de modo que los beneficios aún se reducen más. Todo sigue una lógica que lleva a la desaparición del beneficio pero, aún no, del capitalismo. Estas continuas crisis económicas que constituyen los ciclos económicos se solucionan cuando los grandes empresarios absorben a los pequeños y al reducir la competencia, el beneficio vuelve a aumentar y el ciclo se inicia de nuevo. Sin embargo, las condiciones iniciales no son las mismas sino que a cada nuevo giro, el número de empresas es menor y aumenta el número de la fuerza de trabajo, que en cada vuelta incluye a los antiguos capitalistas desposeídos. El aumento de la clase trabajadora y de su descontento acabará por provocar su alzamiento y la destrucción del capitalismo. Marx considera este proceso tan lógico e inevitable como Adam Smith consideraba lógico e inevitable el progreso de su sistema liberal hacia un crecimiento de la riqueza de las naciones. Su determinismo económico afirma que la acción humana está socialmente determinada, sin dejar lugar para la decisión y volición individuales.

Su sistema analítico, aunque construido en torno a los sistemas económicos, no estaba, en modo alguno, restringido a las cuestiones económicas. Por el contrario, ofrecía una visión totalizadora de la sociedad, en la que todos los acontecimientos se veían íntimamente interrelacionados. Este enfoque, que es capaz de ofrecer una explicación para casi todo, corre también el riesgo de no explicar nada.

Sin embargo, Marx, centrado en condenar al sistema capitalista y asegurar su perdición, no escribió demasiado sobre lo que ocurriría en la nueva etapa que sucedería al capitalismo. En este aspecto es superado por Keynes, que tras diagnosticar los problemas de una situación (ya fueran las perniciosas consecuencias económicas de la paz, la paralización del sistema económico tras la Gran Depresión o los problemas para financiar la II Guerra Mundial) siempre aportaba la que consideraba solución al problema.

Somos testigos de que Marx no acertó en su diagnóstico pero sí lo hizo en algunas de sus perspectivas para el futuro. Su análisis de la inestabilidad crónica del capitalismo contenía el germen de una teoría del ciclo económico; y la sucesiva concentración de riqueza y poder previstas por Marx se han cumplido.

Tanto los economistas clásicos como Marx sitúan el crecimiento económico a largo plazo como su principal tema de estudio, y en segundo lugar y relacionado con el primero, estudian la distribución resultante de la renta. Sin embargo, lo que más les une es la creencia de que el proceso económico está gobernado por leyes que escapan del control humano. Precisamente, su estudio pretende encontrar estas leyes generales; por eso en su teoría predomina el estudio a largo plazo.

Comparten un razonamiento teleológico, según el cual el fin está predestinado, aunque evidentemente divergen en cuál sea éste. Para los pensadores clásicos el final sería un estado estacionario, un equilibrio de la economía conseguido a partir de la interacción de las fuerzas libres del mercado. Una política económica adecuada lo único que podría hacer sería retrasar la llegada del equilibrio, que se alcanzaría en un nivel mayor de riqueza, pero nunca evitar su advenimiento.

Para Marx el final sería un violento colapso del capitalismo. Las medidas económicas o la formación de organizaciones no podrían evitar su caída, simplemente la retardarían o acelerarían. Precisamente, Marx, que consideraba que la filosofía debía mover e intervenir en la *praxis*, pretendía precipitar esa *inevitable* crisis del capitalismo con la fundación de la Internacional y los movimientos obreros.

Marx murió en 1883 sin poder llegar a imaginar la trascendencia que su figura y sus ideas cobrarían en el siglo venidero. Ese año fue muy destacable para la economía porque fue el del nacimiento de dos de los grandes economistas del siglo XX, Joseph Schumpeter y John Maynard Keynes.

III. Keynes frente a los neoclásicos

En contraste con la idea de que la acción humana está dirigida por fuerzas impersonales, inatacables e incontrolables, los neoclásicos resaltan la importancia del comportamiento humano individual. La mejora de la vida en la época victoriana alimenta su fe en el progreso, que a su vez es confirmada por los avances de la técnica.

Como si la aparición del microscopio hubiera llegado a la economía, el objeto de estudio reduce sus dimensiones; si antes se analizaban naciones o sociedades ahora se observan las decisiones individuales de unidades económicas elementales, familias y empresas. La revolución marginalista ha llegado. El interés se desplaza de la producción de bienes a la producción de satisfacciones. No se habla en términos de coste (objetivo) sino en términos de utilidad (subjética). Si para los clásicos la relación entre coste y valor parte del primero para llegar al segundo, para los neoclásicos los términos de la relación se invierten, y partiendo del valor se llega al coste.

La cuestión fundamental de su análisis ya no es el crecimiento económico sino el proceso a través del cual un sistema de mercado asigna los recursos en la economía. Aunque mantienen la defensa que habían hecho los clásicos de las virtudes del libre mercado, lo hacen sobre bases diferentes. Para los clásicos un mercado no reglamentado era más importante como mecanismo de crecimiento, mientras que para los neoclásicos lo es como proceso a través del cual se optimiza la distribución de los recursos económicos.

El análisis microeconómico de los neoclásicos requiere un instrumental más sofisticado, así que introducen las ecuaciones, las regularidades estadísticas y las leyes de probabilidad. Las matemáticas invaden el campo económico. El mayor rigor que las acompaña tiene como contrapartida cierta pérdida de contacto con los problemas reales. Incluso se afirma que la economía neoclásica, en algunos aspectos, se asemeja a la física newtoniana. Mientras los clásicos se preocuparon más de promover el progreso económico que de hacer progresar las técnicas del análisis económico, los neoclásicos concedieron gran importancia a estas últimas alcanzando un alto grado de elegancia formal. El aparato de razonamiento con el que montaron sus ideas tiene una utilidad que trasciende el terreno normal de los problemas económicos. El modo de pensar neoclásico se ha generalizado para proporcionar la base de una lógica general de la elección, que puede ser útil desde para los hombres de negocios hasta para los encargados de planear la estrategia de defensa nacional.

En todo el proceso histórico y de pensamiento comentado hasta ahora, Gran Bretaña era el centro del mundo y de las ideas económicas. A finales del siglo XIX, el imperio victoriano sigue siendo la cuna de grandes economistas como **Alfred Marshall** (quizá el más eminente economista de ese tiempo), **William Stanley Jevons**³ o **Francis Edgeworth**, pero no es el único lugar de floreciente pensamiento económico de la época. En Viena **Carl Menger**, junto a otros como **Eugene Böhm-Bawerk** o **Friedrich Von Wieser** creará una escuela, de la que saldrán talentos como **Friedrich Von Hayek**. Mientras, **Leon Walras** funda la escuela de Lausana, cercana al pensamiento de **Knut Wicksell**, en la que se formará **Vilfred Pareto** y que influirá sobre **Gerard Debreu**, **Kenneth Arrow** y tantos otros.

Todos coincidían en estudiar el equilibrio de la economía desde una perspectiva estática, sin tener en cuenta la siempre clarificadora perspectiva histórica. Pudo ser éste el motivo de que no anticiparan los acontecimientos de principios de siglo que chocaban brutalmente con la situación de equilibrio: la Gran Guerra, la revolución soviética y la Gran Depresión.

³ La fiebre de las regularidades estadísticas llevó a Jevons a asociar la regularidad de los ciclos económicos con la regularidad de la aparición de manchas solares, ya que ambos fenómenos tenían la misma periodicidad. No parece tan descabellado si tenemos en cuenta que el fenómeno solar puede tener relación con cambios meteorológicos, éstos provocar ciclos de lluvias que afecten a la producción agrícola, y por tanto incidir en los ciclos económicos. Aún así, su asociación es un ejemplo de regresión espuria, y da nombre a un tipo de equilibrios en los que las expectativas de los agentes terminan por autorealizarse y pueden dar lugar a caóticos resultados.

A principios de siglo, ya hay que empezar a mirar al otro lado del Océano. La más aventajada colonia del Imperio británico vive (aparentes) *días de vino y rosas*. En esa extensa, aún bisoña y por modernizar tierra, las oportunidades de negocio son enormes. Así como la lucha por ellos, en la que no hay espacio para la moral. Los hombres de negocios sin escrúpulos o millonarios (salvo por el majestuoso Andrew Carnegie) como John Rockefeller, J.P. Morgan, Henry Villard, Henry Rogers, Cornelius Vanderbilt o Jay Gould abundan. En esa desenfrenada carrera por el dinero, el negocio y el fraude se confunden. Se vive una situación de negocios redondos para unos pocos amasadores de fortunas, en el que la ética no existe, el capitalismo lo domina todo y el poder se concentra en estos pocos monarcas del dólar⁴.

Todo ello termina con la caída de la Bolsa en 1929, que ningún economista, en esos momentos tan metidos en un sistema que sólo generaba beneficios como defendiendo o ignorando los excesos de los *robber barons*, pudo predecir. Incluso, uno de los más reputados economistas, **Irving Fisher**, tuvo la ocurrencia de afirmar que la economía marchaba por una "*permanently high plateau*", una semana antes del *jueves negro*.

Si resultó imposible predecir la crisis, más complicado aún parecía explicar su duración, hasta que siete años después apareció el famoso libro de la *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, obra de un elegante y brillante inglés.

No era, ni mucho menos, la primera muestra de la valía de **John Maynard Keynes** que ya había advertido con enorme acierto y pasmosa precisión de las perniciosas e imposibles condiciones impuestas a los alemanes en la paz de París. Además, en su *Treatise on money*, publicado en 1930, diferenciaba y separaba claramente la inversión y el ahorro, que toda la economía ortodoxa anterior a él había identificado. En realidad esta idea no era nueva, ya vimos la certera intuición de Malthus de un posible exceso de ahorro, y esta idea del subconsumo había sido desarrollada a principios de siglo por el injustamente poco valorado **John Hobson**.

Este miembro de la *Fabian Society* donde coincidió con importantes literatos como H. G. Wells o G. B. Shaw, algo intuyó de lo que podría ocurrir en el futuro. Mientras Marx se había centrado en las consecuencias sociales de la concentración de riqueza y su creciente desigual distribución dando lugar a un abismo entre ricos y pobres, Hobson abordó sus consecuencias económicas.

Los pobres por ser demasiado pobres y no tener ingresos, no pueden comprar los productos, mientras que los ricos por ser demasiado ricos, y, por tanto, ser demasiado pocos, no tienen la extensión o capacidad física como para comprar todos los productos. De modo que quedan productos sin vender y mucho dinero en manos de los ricos. Para los economistas antiguos, esta gran cantidad de ahorro de los ricos por la diferencia entre su riqueza y su consumo no suponía ningún problema ya que este ahorro se traducían en inmediata inversión que seguía haciendo girar la ruleta económica.

⁴ En precisa expresión de Matthew Josephson que da título a su libro es el tiempo de *The Robber Barons*.

Pero aquí llega el problema, si, como hemos visto, la demanda es menor que la oferta ¿a qué sensato empresario se le ocurre invertir sus ahorros para aumentar o expandir su producción si ésta ya es mayor que las ventas? Aquí tenemos planteado el problema del exceso de ahorro. Hobson nos da la solución y una de las dos⁵ razones económicamente significativas del imperialismo: los ricos invierten ese ahorro en los mercados exteriores, en las colonias⁶.

Volviendo a la teoría expuesta por Keynes en 1936, ésta lleva el nombre de *Teoría General* porque es una teoría más amplia que la visión *clásica* de la economía, que no sería más que el caso particular de su modelo general en el que se diera el supuesto de precios y salarios flexibles. Esa flexibilidad garantiza el vaciado de mercados clásico, de igual modo que su ausencia explica la existencia de paro en la economía keynesiana (y en la economía real que siguió a la Gran Depresión).

La teoría de Keynes era una dura crítica a las ideas de la economía neoclásica, que el sucesor de Alfred Marshall en la cátedra de economía de Cambridge, **Arthur C. Pigou** había recogido en su libro *La Teoría del Desempleo*, publicado en 1930.

Los neoclásicos partían de una enumeración exhaustiva de las consecuencias de un régimen de competencia perfecta, que llevaría a una situación de equilibrio general walrasiano⁷. Sus principales conclusiones eran dos: el desempleo es una situación voluntaria y pasajera; y la política económica no tendrá efectos sobre el mercado de bienes y servicios. Se puede confiar en la estabilidad del sistema económico, que tenderá por sí solo a eliminar los desequilibrios. El papel ideal del Gobierno será el de dejar hacer (*laissez-faire*) al sector privado, y mantener su gasto equilibrado y en niveles mínimos. La política monetaria debe limitarse a suministrar un nivel de liquidez adecuado al sistema y a controlar la inflación.

Keynes se opone a estas conclusiones y al espíritu general del análisis económico neoclásico. El énfasis de la *Teoría General* se centra en el corto plazo, cuando los neoclásicos consideraban más importante el largo plazo. Con su lapidaria frase “A largo plazo, todos muertos”, Keynes ilustra el radical cambio de perspectiva de la economía.

Mientras los neoclásicos defienden la racionalidad de los individuos y la información perfecta en la toma de decisiones; para Keynes la racionalidad se ve limitada por el fenómeno de ilusión monetaria, y la incertidumbre hace que las expectativas de individuos y empresarios tengan un papel clave en la economía.

⁵ La otra razón sería la búsqueda de materia prima y mano de obra más barata.

⁶ Rosa de Luxemburgo y especialmente Lenin asimilaron la teoría *hobsoniana* del imperialismo. En la III Internacional, Lenin afirmó que el imperialismo sería la última fase del capitalismo, que trasladaba sus ideas a todo el mundo y lo sometía a su ignominioso dominio, pero las guerras entre las potencias por las colonias lo destruirían. Final diferente al del sosegado Hobson que pensaba que un reparto adecuado de las colonias llevaría a una situación de estabilidad.

⁷ La justificación de Walras es contundente: “¿Qué físico escogería, deliberadamente, para sus observaciones astronómicas un tiempo nublado, en lugar de aprovechar una noche descubierta?” Walras, León, *Elementos de economía política pura (o teoría de la riqueza social)*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

Los neoclásicos, preocupados por la determinación de los precios de equilibrio, tienen como punto de partida en su análisis el comportamiento maximizador de empresas e individuos. El equilibrio se logra en el precio y cantidad que iguala la oferta con la demanda; no obstante, esta demanda tiene un papel secundario, y está determinada por factores de oferta, en la medida en que el poder adquisitivo de los individuos depende principalmente de su oferta laboral, y el dinero se utiliza exclusivamente para las transacciones (neutralidad monetaria⁸).

Keynes estudia la economía desde un enfoque agregado, con el consumo como variable clave en su análisis. Critica a los neoclásicos precisamente su falta de interés en la demanda agregada como determinante fundamental de la situación económica de un país. Rescata así la intuición maltusiana y las ideas de Hobson y presta una gran atención a la demanda efectiva, cuya insuficiencia provoca desempleo. La conclusión más importante de Keynes es que la insuficiencia de demanda efectiva puede conducir a situaciones de paro involuntario. La demanda determina la oferta⁹, por lo que muchos de los problemas de la economía desaparecen en la medida en que se incentiva a la demanda.

Lo sencillo de la explicación encerraba lo más grave de ella: no existen mecanismos automáticos en la economía que solucionen estas situaciones. La *mano invisible* es amputada. El maravilloso mundo de Adam Smith no es válido (por lo menos en uno de sus aspectos clave) a mediados del siglo XX. La economía es neutral y no atiende a las necesidades de la humanidad, pudiendo alcanzar el equilibrio sin apenas ahorro ni inversión y sí un altísimo desempleo.

Acabamos de descubrir el precio de la libertad económica y la vulnerabilidad de nuestro destino. Además, es una situación en la que no hay *malos* a los que culpar, sino más bien se trata de un problema técnico. En el fondo, la situación no es tan extraña ya que una vez se saturan los mercados se ha de llegar a este equilibrio de subempleo de recursos.

Pero, como dijimos al compararle con Marx, Keynes no sólo descubre las causas de los problemas sino también sus soluciones. Si los empresarios no pueden invertir y hacer circular de nuevo la ruleta económica porque no tienen recursos de los que valerse, hay que echarles una mano, y bien *visible*. El Gobierno debe actuar. Las recomendaciones de política económica de Keynes en la *Teoría General* son de corte mucho más intervencionista que las neoclásicas. Aboga por una política monetaria que mantenga los tipos de interés bajos para estimular la inversión productiva, y sobre todo, por una política fiscal activa dedicada a compensar las insuficiencias de la demanda.

Intervencionismo del Gobierno en una situación en la que probablemente Adam Smith también lo hubiera advertido y con la que seguramente estaría de acuerdo. De hecho, atendiendo a la realidad histórica, Keynes más que adivinar la solución del

⁸ “El dinero es un velo que cubre a las variables sin afectarlas” en palabras de Pigou.

⁹ Al contrario que la ley de Say, aceptada por los economistas clásicos y neoclásicos, según la cual “toda oferta crea su propia demanda”.

problema, defendió y justificó la política gubernamental del *New Deal* emprendida por el sagaz presidente Franklin D. Roosevelt, e incluso tímidamente sugerida por su predecesor Herbert Hoover. Y es que independientemente de las justificaciones teóricas o explicaciones racionales, algo había que hacer. El pueblo norteamericano no podía estar más tiempo parado con los brazos cruzados. Imperioso era darles algo en lo que ocuparse. Sin embargo, las medidas de reactivación económica no tuvieron todo el éxito esperado. Quizá porque en los Estados Unidos, un país construido sobre los principios de la libertad, la independencia y el logro individual, una repentina intervención del Gobierno no podía ser tan amplia como la situación requería, y sobre todo y aún peor, fue vista con recelo y desconfianza por el sector privado, al que en realidad estaba ayudando.

Mientras, Keynes siguió a lo suyo, es decir, a hacer de todo, y todo a la vez. Si la obra de Keynes deslumbra por su brillantez, su profundidad, sus certeros análisis y acertadas soluciones, mucho más deslumbrante es su vida. Fue una personalidad fascinante que tuvo tiempo y energías para hacer prácticamente de todo. Casi podríamos decir sin exagerar que terminaríamos antes enumerando lo que dejó de hacer que todo lo que hizo, como en el terreno de las relaciones humanas donde tuvo prolongadas e intensas relaciones con eminentes artistas de ambos sexos: el escritor Lytton Strachey (ambos miembros del reputado grupo de Bloomsbury que marcaba las tendencias artísticas británicas de principios de siglo), el pintor Duncan Grant y la bailarina Lydia Lopokova, que finalmente se convirtió en su fiel esposa. Además ganó mucho dinero, criticó el fetichismo del oro al que consideraba “una bárbara reliquia” y al mismísimo Winston Churchill, dirigió durante más de treinta años el *Economic Journal*, compró numerosas obras de arte y contribuyó al acuerdo de Bretton Woods. Lo único que lamentó no haber hecho en demasía, fue beber lo suficiente de su bebida favorita: el champán.

Una de las pocas cosas en las que se equivocó fue al afirmar, en una conferencia pronunciada en Madrid bajo el título *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*: “el problema económico puede resolverse o por lo menos tener perspectivas de solución dentro de cien años”. La conferencia y el ensayo homónimo¹⁰ al que dio origen son de 1930 por lo que, aunque todavía quedan 23 años en los que su profecía podría cumplirse, y a los economistas no se nos da bien jugar a adivinos, desgraciadamente, en este caso podemos afirmar que Keynes estaba equivocado.

IV. Los ataques a la síntesis neoclásica desde el monetarismo y los neokeynesianos del desequilibrio

Keynes no llegó a formalizar todas sus ideas antes de morir en 1946. Además, su obra era difícil de interpretar en algunas cuestiones. Aunque sus principales proposi-

¹⁰ Ensayo incluido en *Ensayos de persuasión*, Keynes, John Maynard, Crítica, Barcelona, 1988.

ciones y conclusiones sí eran claras, no era fácil integrar algunas partes fundamentales de su obra con otras. El propio Keynes, en el último capítulo de su *Teoría General* invitaba a otros economistas a que desarrollaran su teoría. Su invitación fue recogida por economistas de diversas tendencias como el gran **John Hicks**, **Alvis Hansen**, **Roy Harrod**, **Oscar Lange** o **Abba Lerner** que se dedicaron al trabajo de interpretar, sistematizar y completar el modelo keynesiano. Esta corriente, conocida como síntesis neoclásica encontró una amplia aceptación que la llevó a convertirse en la nueva ortodoxia.

No obstante, ya desde su nacimiento, un grupo de economistas de Cambridge, la escuela postkeynesiana, liderada por la indomable **Joan Robinson**, criticó duramente el uso del instrumental neoclásico¹¹. La síntesis utiliza el instrumental de herencia neoclásica pero llega a unas conclusiones de política económica similares a las de Keynes. Coinciden con él en que la intervención del sector público es necesaria para suavizar la crudeza de los ciclos de una economía de mercado.

La confianza en los modelos de la síntesis neoclásica coincidió con el desarrollo de la econometría. La unión de ambos llevó a la concepción de que el gobierno podría realizar un ajuste fino (*fine-tuning*) de la economía mediante el uso de los instrumentos de política económica a su disposición. Se creía que el ciclo económico podía ser domado, si era posible realizar estimaciones econométricas lo suficientemente precisas.

Sin embargo, la predominancia del modelo de la síntesis no fue absoluta. La insatisfacción con su paradigma conciliador de dos formas distintas de ver la realidad económica fue creciendo en los años 50 y hasta mediados de los 60, cuando alcanzan su apogeo dos escuelas críticas, procedentes de las dos vertientes que la habían dado origen. Desde el campo neoclásico vino la crítica monetarista, mientras que del frente keynesiano llegaron los neokeynesianos del desequilibrio. Además, la realidad económica de los años 60 y principios de los 70 empezó a contradecir las predicciones del modelo de la síntesis.

Así como en otras escuelas o líneas de pensamiento económico no resulta tan fácil identificar a su líder, la escuela monetarista no duda en reconocer a **Milton Friedman** como su maestro principal. Friedman reconoció en sus ideas la herencia no sólo de la identidad cuantitativa de Fisher sino también el legado de Marshall y de Pigou, por lo que resulta inmediato entender su crítica al keynesianismo de la síntesis neoclásica

Los monetaristas discuten los postulados de la síntesis utilizando su mismo marco teórico de referencia, del que extraen dos conclusiones esenciales opuestas a la síntesis. En primer lugar, la política monetaria es más efectiva que la política fiscal. Incluso creen que históricamente los ciclos económicos han sido provocados esencial-

¹¹ Esta crítica tuvo resonancia en el mundo académico, pero no así en el campo de la política económica. Los postkeynesianos también tuvieron su influencia sobre los neokeynesianos del desequilibrio, la segunda línea crítica con la síntesis neoclásica que exponemos en este artículo.

mente por variaciones en la oferta monetaria. En segundo lugar, las políticas activas de estabilización no son recomendables ya que la más efectiva de ellas, la política monetaria, tiene *largos, variables e inciertos retardos* que desaconsejan su empleo. Por eso, la política monetaria debe seguir una regla de aumento de la base monetaria, no sujeta a influencia política, y dirigida al control de la inflación, ya que una aceleración de la inflación es un fenómeno altamente peligroso para el sistema económico.

Los monetaristas introducen el concepto de la tasa natural de desempleo, nivel por debajo del cual no es posible mantener la tasa de desempleo más que a costa de acelerar la inflación. Confían en la estabilidad del sector privado, y desplazan el énfasis del debate económico desde las limitaciones del mercado a las limitaciones de la intervención del estado, postulando una menor intervención del sector público en la economía que la que defendían los autores de la síntesis neoclásica (y por supuesto mucho menor que la que defendía Keynes en su *Teoría General*). En muchos aspectos, propugnan un retorno al *laissez-faire* neoclásico¹².

El mayor vigor del ataque monetarista a la síntesis por considerarla demasiado keynesiana, ha provocado que históricamente la crítica a la síntesis desde el campo keynesiano haya quedado parcialmente oscurecida.

Aunque, como dijimos, la *Teoría General* contenía al modelo económico neoclásico como un caso particular, la síntesis neoclásica adopta implícitamente una postura inversa. El modelo keynesiano es considerado un caso particular a corto plazo del modelo neoclásico, más general. Sería el caso en que los precios fueran fijos o los salarios fueran rígidos a la baja. Este reduccionismo de las ideas de Keynes es criticado por un grupo de economistas norteamericanos y británicos, liderados por **Axel Leijonhufvud** y **Robert Clower**, que floreció a finales de los 60 y en los 70, con las aportaciones de autores como **Edmond Malinvaud**, **Herschel Grossman** y el joven **Robert Barro** (antes de convertirse en uno de los autores más significativos de la nueva economía clásica), y atrayendo la atención de algunos walrasianos como **Don Patinkin**, **Frank Hahn** o el mismísimo **John Hicks**, que desarrollarían modelos con aspectos de desequilibrio.

Argumentan que la síntesis neoclásica no hacía justicia a las ideas de Keynes porque reducía al corto plazo una teoría que resultaba revolucionaria por sí misma y proponen una fundamentación microeconómica alternativa. Afirman que los precios son fijos a corto plazo, pero que es posible realizar transacciones a precios que no son los de un equilibrio general competitivo de tipo neoclásico. De este modo, se pueden producir situaciones relativamente estables de desequilibrio (de ahí el nombre de su escuela), con racionamiento, en particular con desempleo involuntario, debido a problemas de información y coordinación. Así, muestran que, de igual modo que existe un equilibrio walrasiano con pleno empleo, pueden existir equilibrios con no vaciado de mercado, introduciendo así una concepción más refinada de equilibrio

¹² Fiedman llegó a afirmar: "Si pones el desierto a cargo del Gobierno, en cinco años habrá escasez de arena".

general. Fieles a la letra de la *Teoría General*, los neokeynesianos son más intervencionistas que la síntesis, y confían menos en el mecanismo del mercado. Probablemente el principal legado de los neokeynesianos del desequilibrio haya sido el poner el énfasis en la importancia de los fallos de coordinación como fundamento de la rigidez de precios, y, en general, en la importancia de fundamentar microeconómicamente la posibilidad de este tipo de situaciones.

No obstante, tanto los monetaristas como los neokeynesianos del desequilibrio han dejado de ser una fuerza relevante en el panorama actual y han cedido el protagonismo a las escuelas directamente herederas suyas: la nueva economía clásica que prolonga y radicaliza la tradición de los monetaristas, y la nueva economía keynesiana, descendiente de los neokeynesianos.

V. La nueva economía clásica y la nueva economía keynesiana

Las economías industrializadas comenzaron a sufrir durante los años 70 el fenómeno denominado estanflación, una combinación de alto desempleo, creciente inflación y bajo nivel de crecimiento económico. Además, en 1973 tuvo lugar el primer shock del petróleo, que devolvía la atención al lado de la oferta de la economía, cuyo estudio había sido fundamental hasta la aparición de la *Teoría General*. Aparte de ser una amenaza para el bienestar, esta nueva situación suponía un reto para los economistas, que no sólo la intentaban explicar sino encontrarle una solución.

La insatisfacción con el análisis existente llevó a muchos economistas a buscar otros modelos para su investigación. En vez de discutir sobre las formas de las curvas IS-LM, tema muy discutido entre keynesianos, neoclásicos y monetaristas, se abordan los temas macroeconómicos desde una perspectiva microeconómica, tratando problemas tales como la velocidad de ajuste de precios y cantidades.

Estas circunstancias permitieron crear la base para el nacimiento de la nueva economía clásica a mitad de los años 70 fundada por **Robert Lucas**, y desarrollada a lo largo del tiempo por él mismo y por autores como el ya mencionado **Robert Barro, Thomas Sargent y Neil Wallace**. Estos autores intentan crear un nuevo estilo de economía donde los resultados clásicos, a excepción de perturbaciones aleatorias, se mantengan continuamente. Basan su modelo en la adopción del supuesto microeconómico del vaciado de los mercados y en la incorporación de un comportamiento racional totalmente optimizador de los individuos.

Este comportamiento de los agentes racionales impide que cometan errores sistemáticamente respecto a su estimación de los precios, lo que convertía en inviable el uso de las expectativas adaptativas de Friedman¹³ que permitía la persistencia de errores de información de los trabajadores en sus decisiones de oferta de trabajo y la

¹³ Así que, paradójicamente, una de las críticas más significativas que se le hizo a la escuela monetarista le llegó del mismo campo neoclásico.

posibilidad de que los agentes pudieran ser engañados de forma sistemática por las autoridades. De este modo, la nueva economía clásica sustituyó la hipótesis de las expectativas adaptativas por la más radical hipótesis de las expectativas racionales propuesta por Muth en 1961 y desarrollada por Robert Lucas. Según este supuesto los agentes, a quienes se supone idénticos, no cometen errores sistemáticos a la hora de estimar la evolución de los precios utilizando toda la información disponible para predecir el futuro. Los individuos actúan en un escenario de competencia perfecta, sin deficiencias en el mercado de capitales y con una cobertura completa de todos los riesgos. Esto supone que los agentes saben, o mejor dicho actúan *como si* supieran, que solamente existe un equilibrio real en la economía.

Sobre la base de estos supuestos, los autores de la nueva economía clásica alcanzan conclusiones aún más radicales que las de los monetaristas sobre la efectividad de las políticas de estabilización. Sus implicaciones de política económica son claras e inequívocas. El gobierno no tiene ningún papel a la hora de conseguir que la economía se mantenga en la tasa natural de paro, ya que, exceptuando las perturbaciones aleatorias, la economía está siempre por sí sola en el equilibrio al nivel de la tasa natural de paro y no existe el desempleo involuntario. Más aún, cualquier intento del gobierno de reducir la tasa de paro por debajo de su nivel natural será totalmente ineficaz y podría ser perjudicial para la economía.

El vaciado o equilibrio continuo de los mercados de los modelos de la nueva economía clásica se supone por la plena flexibilidad de precios. Esta premisa es cuestionada por la nueva economía keynesiana, que si bien acepta que esta idea puede ser aproximada a la realidad en algunos mercados como el financiero, existen otros donde no es así, como el mercado de trabajo o incluso, en determinadas ocasiones, el mercado de bienes. Los autores de la nueva economía keynesiana argumentan que hay situaciones en las que las rigideces son necesarias para el comportamiento racional de los agentes, pilar básico e irrenunciable, compartido por ambas escuelas, sobre el que se erige cualquier modelo económico actual. La fundamentación microeconómica de estas rigideces de precios (y salarios) es el principal y fructífero campo de estudio de la nueva economía keynesiana, que analiza las causas de que precios (y salarios) no se ajusten inmediatamente en respuesta a una perturbación.

En los últimos años, las ideas de la nueva economía keynesiana se van introduciendo en los estudios de la nueva economía clásica, lo que contribuye al acercamiento de sus supuestos con la realidad. Las dos escuelas, aparentemente rivales, comparten gran número de lugares comunes en el entendimiento de la economía. Sus posturas se están acercando en una provechosa simbiosis que da lugar a una nueva ortodoxia dominante en el pensamiento económico que se nutre de ideas de las dos escuelas.

VI. Conclusión

Acabamos de ver que la lucha entre escuelas o sistemas que tratan de imponer su hegemonía en la explicación económica de los acontecimientos de su época ha sido una constante en la historia del pensamiento económico. Simplificando hasta el extremo la cuestión, se podría afirmar que la historia de las ideas económicas ha sido el enfrentamiento entre dos visiones opuestas de la economía, los que creen que lo mejor es dejarla actuar libremente y los que creen que la intervención del Estado es necesaria para orientar su funcionamiento. En el estado actual del pensamiento económico, la distancia entre las dos posiciones no es tan grande, y es más una cuestión de grado.

Existe una gran unanimidad sobre las cuestiones de economía positiva, y las principales discrepancias entre los economistas se encuentran en el ámbito normativo. La economía ortodoxa actual es más ecléctica, y combina la herencia de las escuelas que hemos mencionado. Esta nueva ortodoxia, que **Robert Solow** ha bautizado como “nueva síntesis neoclásica”, recoge la herencia de la síntesis tradicional como cuerpo común de conocimiento, teniendo en cuenta las críticas procedentes de los monetaristas y de los neokeynesianos, y sobre todo, integrando los enfoques de la nueva economía clásica y de la nueva economía keynesiana.

Los supuestos sobre los que se basa esta nueva ortodoxia son aceptados pese a sus limitaciones. Se considera que no es necesario que un supuesto reproduzca fielmente la realidad para que sea aceptable. Lo importante es que la simplificación que introduzca el supuesto no sea excesiva y que los resultados derivados del modelo concuerden con la evidencia empírica. No hace falta que los individuos sean racionales o que los precios sean flexibles para que sea razonable utilizar estos supuestos, lo importante es comprobar si la economía se comporta *como si* estos supuestos se dieran en la realidad.

La hegemonía del instrumental neoclásico, unida al énfasis en la construcción de modelos y la cuantificación, establece una uniformidad metodológica sobre la que se asienta el avance de la ciencia económica actual.

El énfasis formalizante en la cuantificación y en los modelos orienta a las dos perspectivas tradicionalmente opuestas de entender la realidad económica a converger en una interpretación unificadora de su objeto de estudio. Mucho han acercado sus posturas desde los tiempos en que Marx escribiera:

“Cuanto más emerge el carácter antagonista (del capitalismo), más se encuentran los economistas ellos mismos, representantes científicos, de la producción burguesa, en conflicto con sus propias teorías, y surgen diferentes escuelas¹⁴.”

¹⁴ MARX, Karl, *Miseria de la filosofía*, Aguilar, Madrid, 1969.

Si entonces, la discordia entre los economistas era, en sí misma, un síntoma de los antagonismos latentes dentro del capitalismo, la actual convergencia entre los economistas puede ser un indicio de la buena salud del capitalismo.

Bibliografía

- BARBER, William, *Historia del pensamiento económico*, Madrid, Alianza Editorial, 1971.
- EKELUND, Robert y HÉBERT, Robert, *Historia de la teoría económica y su método*, McGraw Hill, Madrid, 1997.
- HARROD, Roy, *La vida de John Maynard Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
- HEILBRONER, Richard, *The wordly philosophers*, Touchstone, Nueva York, 1999.
- JOSEPHSON, Matthew, *The robber barons*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1934.
- KEYNES, John Maynard, *Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.
- KEYNES, John Maynard, *Ensayos de persuasión*, Crítica, Barcelona, 1988.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *Manifiesto comunista*, Ayuso, Madrid, 1976.
- MARX, Karl, *Miseria de la filosofía*, Aguilar, Madrid, 1969.
- MILL, John Stuart, *Autobiografía*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.
- RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos, *Grandes economistas*, Pirámide, Madrid, 1997.
- WALRAS, Léon, *Elementos de economía política pura (o teoría de la riqueza social)*, edición y traducción de Julio Segura, Alianza Editorial, Madrid, 1987.